

LAS VICTIMAS DE YALTA Y SU VINCULACION CON LOS DERECHOS HUMANOS

por NICOLAI TOLSTOI* **

He venido esta noche para hablar brevemente sobre los diversos libros que he escrito y sobre los temas en los cuales se originaron. Me parece que, tal como lo sugirió nuestro moderador, después sería interesante escuchar lo que otra gente tiene que decir. Y, por favor, que sus opiniones sean tan críticas como ustedes lo estimen necesario.

Primero que nada, llegué a interesarme profundamente en este tema porque, como ustedes pueden suponer por mi apellido, yo soy de origen ruso. Pero de hecho nací en Inglaterra quince años después de que mi padre escapara desde Rusia en 1920. El llegó a Inglaterra siendo un niño, después de haberse ocultado durante dos años de los bolcheviques. Fue rescatado por su niñera inglesa y luego trasladado hasta la frontera de Finlandia, y así llegó a Inglaterra, donde yo nací. Y puesto que tanto mi padre como mi madrastra eran rusos, hablaban el ruso entre ellos, e incluso teníamos un jardinero ruso que vivía junto con su esposa, fuimos criados en un ambiente familiar absolutamente ruso, aun cuando vivíamos en el corazón de Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial. Así, pues, tanto en la Iglesia como en otros lugares siempre conviví con rusos, porque en aquellos días la inmigración rusa aún se encontraba en auge; lamentablemente la mayoría de las generaciones antiguas ya han fallecido. Y de ahí adquirí una profunda simpatía y afición por la vida de la antigua Rusia.

Me parece que alguien me preguntó hoy algo sobre lo cual hasta ahora no había meditado adecuadamente: cómo llegué a interesarme por primera vez en el tema de las víctimas de Yalta, que fue el título que le puse a mi libro. Y tuve que hacer memoria para determinar cómo surgió esta inquietud. Según recuerdo, la motivación más poderosa fue que durante la Segunda Guerra Mundial, cuando los soviéticos eran aliados de Gran Bretaña y de los Estados Unidos, por razones perfectamente comprensibles toda la opinión pública británica, casi sin excepción, estaba fascinada con los soviéticos. Y digo que era comprensible, ya que como por supuesto todos sabemos, cerca del 80 por ciento del ejército alemán estaba luchando en el frente oriental, y si los soviéticos no hubieran intervenido en la guerra, Gran Bretaña y los Estados Unidos no habrían podido invadir Europa, y probablemente aún tendríamos una Europa nazi. Sin embargo, más tarde escuché muchas historias sobre el indescriptible sufrimiento que experimentaron personas a quienes conocí en manos de la policía política soviética. Y luego

* NICOLAI TOLSTOI: Historiador y escritor británico, descendiente del novelista ruso León Tolstoi.

** Conferencia dictada por el Conde Nicolai Tolstoi en el Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile el día 23 de septiembre de 1988.

gradualmente supe mayores detalles sobre ésta —a mi juicio— espantosa traición que tuvo lugar incluso antes de que concluyera la guerra y durante un año y medio después de su fin.

El acuerdo firmado en Yalta, en la península de Crimea, entre británicos, estadounidenses y soviéticos, en febrero de 1945, poco antes de finalizar la guerra, cuando Churchill y Roosevelt fueron a reunirse con Stalin, fue entre otras cosas un tratado parcialmente secreto, del cual en ese entonces la opinión pública no se enteró en absoluto. Efectivamente, si uno lee los diarios de la época apenas si encontrará alguna alusión a este trágico episodio. Una de las disposiciones del pacto se refería a la liberación de los respectivos ciudadanos de las tres grandes potencias aliadas capturados por las tropas británicas, norteamericanas y soviéticas durante su avance. A primera vista no había nada que objetar en este acuerdo. Por el contrario, parecía absolutamente humanitario en el sentido de que ninguna de las cláusulas contenía algo siniestro en sus términos, pues simplemente se relacionaban con la liberación de prisioneros de las distintas naciones aliadas, quienes serían retirados lo más pronto posible de la línea de batalla, trasladados a campamentos donde pudieran ser atendidos adecuadamente, y luego —y esta es la parte importante—, repatriados tan pronto como se juzgara conveniente bajo las condiciones propias del período de guerra.

Ahora bien, incluso antes de que se firmara este acuerdo se había hecho notar primero al gabinete británico y posteriormente a las autoridades estadounidenses, que un número muy grande de prisioneros soviéticos capturados por británicos y norteamericanos se oponían desesperadamente a toda posibilidad de retornar a su país. La razón que explicaba esta actitud era, según lo aclararon, la política que Stalin había aplicado sistemáticamente desde mucho antes de la guerra respecto de cualquier ciudadano soviético que por algún motivo se encontrara fuera de los límites de la URSS, el cual era considerado un traidor. Y en realidad los soldados soviéticos recibieron instrucciones que les ordenaban reservar una bala en sus rifles para que en momentos de peligro se suicidaran antes que caer en poder del enemigo. Muchos ex combatientes soviéticos han señalado que no sólo se trataba de una orden muy cruel, sino también completamente absurda, particularmente en medio de los rápidos avances alemanes en el verano boreal de 1941, cuando divisiones completas del ejército soviético fueron interceptadas por los nazis y obligadas a rendirse, lo quisieran o no. Y de hecho en muchos casos algunos soldados del Ejército Rojo simplemente no se habían percatado de que su división había sido rodeada hasta que se encontraban cara a cara con las unidades nazis y luego eran reclusos en campos de concentración alemanes. Pienso que probablemente muy pocos de ellos obedecieron esta orden ridícula e ingrata.

Se podría afirmar —porque tal vez a alguien se le ocurra— que en vista de la desagradable naturaleza del régimen nazi, y del abominable comportamiento de los alemanes cuando invadieron la URSS, estas disposiciones de Stalin reflejaban el carácter bárbaro de la guerra librada en el frente oriental. Pero, en efecto, puede demostrarse con bastante facilidad que dichas normas no tenían absolutamente nada que ver con esta última situación, porque ya habían sido aplicadas durante la invasión soviética a Finlandia en 1940, en una época en que la URSS era un estrecho aliado de Alemania y le

proporcionaba a los nazis todas las municiones y materias primas que necesitaban para invadir Europa Occidental. Con lo que sí se relacionaban —y ello queda muy claro según todas las evidencias— era con el constante temor de Stalin de que cualquiera de sus súbditos que viera Occidente se transformara *ipso facto* en un traidor y en un individuo resentido y hostil al régimen soviético. Esta creencia fue llevada a límites tan absurdos que difícilmente podrían concebirse. Un ejemplo extremo que me viene a la memoria es el que se refiere a los soldados del Ejército Rojo reclusos por los nazis en Auschwitz. Cuando esta ciudad fue liberada por los soviéticos, casi todos los prisioneros de guerra rusos, una vez rescatados, fueron trasladados directamente desde Auschwitz hasta campos de trabajo forzado del *Gulag* situados al norte del paralelo 70. El crimen era, por supuesto, que habían visto Occidente. Todos ellos lo habían observado desde el interior del campo de concentración de Auschwitz, pero aún así Stalin pensó que para los ojos de sus soldados ese espectáculo debía de ser preferible a lo que ocurría en la URSS.

Los británicos fueron los primeros en descubrir la naturaleza del problema que iba a surgir más adelante. Las primeras grandes divisiones de combatientes soviéticos que cayeron en manos aliadas fueron aquellas capturadas en Normandía tras los desembarcos de junio de 1944, y se descubrió que aproximadamente uno de cada diez soldados alemanes capturados era en realidad un ciudadano soviético al que se le había colocado un uniforme alemán. Los motivos que explicaban esa situación eran muy diversos: desde individuos que se habían ofrecido gustosos como voluntarios para incorporarse al ejército alemán, creyendo que con ello se les daba la oportunidad de liberar a su país del gobierno de Stalin; hasta los que me imagino eran la mayoría, a quienes simplemente los alemanes no les dieron ninguna opción sino que les decían: “pueden permanecer en un campo de concentración hasta morir de hambre”, o incluso: “si no se ofrecen como voluntarios, serán fusilados”. Y esto último fue lo que ocurrió la mayoría de las veces. Me inclino a creer —por supuesto no hay manera de saberlo con certeza— que la mayor parte de ellos simplemente estaban habituados a obedecer órdenes, pues nunca habían vivido en otro lugar que no fuera un Estado totalitario de uno u otro tipo, por lo que no tenían otra alternativa. Esta fue indudablemente la conclusión a la que llegaron los servicios de inteligencia tanto británicos como norteamericanos luego de someter a estos prisioneros a interrogatorios masivos. Así, como resultado de lo anterior, varios miles de ellos fueron rápidamente trasladados a Gran Bretaña e instalados en un campamento donde se les mantuvo retenidos. Muy poco después uno de los ministros británicos fue informado de que dentro del campamento se rumoreaba que los prisioneros pronto serían enviados de regreso a la URSS y varios de ellos se habían suicidado casi inmediatamente después de enterarse del rumor.

De inmediato se planteó ante el gabinete británico un debate en torno a la posición que debería adoptarse respecto de los ciudadanos soviéticos que no deseaban regresar a su país. En el derecho internacional se aprecia con absoluta claridad —y últimamente fue reconocido por el Ministerio Británico de Asuntos Exteriores (*Foreign Office*)— que estos soldados eran en realidad prisioneros de guerra alemanes, pues usaban uniformes alemanes y prestaban

servicios en el ejército alemán. Y de acuerdo con la interpretación de la Convención de Ginebra, que fue aceptada por todas las potencias durante la guerra, el factor que determina la ciudadanía es el uniforme y la unidad en que se prestan servicios, y no el país de origen. Este fue de hecho un factor muy importante en el caso de los norteamericanos, que contaban en sus filas con una gran cantidad de soldados nacidos en Alemania o Italia y que no eran ciudadanos estadounidenses, los cuales, si eran capturados por el enemigo, podían ser sometidos a un trato cruel. De modo que se estableció claramente que lo que importaba era el uniforme.

Asimismo, importantes figuras públicas de Gran Bretaña, incluidos el Secretario de Estado para Asuntos de Guerra y el propio Winston Churchill, tenían la firme impresión de que era realmente inhumano, que era contrario a las tradiciones humanitarias del pueblo británico enviar a estas personas de regreso hacia lo que ellas claramente consideraban como un destino muy cruel: la muerte, la tortura o la prisión. El mismo Churchill esbozó uno de los primeros debates al escribir: "Pienso que estos hombres fueron sometidos a una prueba que excedió su fortaleza". Desgraciadamente, al final, se dejó avasallar por los argumentos de su Secretario de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, y de funcionarios de la *Foreign Office*, muchos de los cuales eran extremadamente prosoviéticos; a mi juicio sobrepasaban con creces los límites del sentimiento prosoviético común en esa época. Y antes de Yalta se acordó como concesión a Moscú que todo ciudadano sería devuelto sin tenerse en cuenta sus deseos. Y esta concesión se realizó —irónicamente en mi caso— durante una conferencia celebrada en Moscú, donde Churchill y Eden se reunieron con Stalin y Molotov. El nombre en clave de la conferencia fue "Tolstoi"; no sé por qué.

Esa fue una de las diversas y curiosas ironías que me afectaron personalmente cuando estaba escribiendo este libro, cuya preparación, entre paréntesis, requirió nada menos que entre cinco y seis años debido al enorme número de documentos que tuve que revisar, y aún más, a causa de la gran cantidad de sobrevivientes de todas las nacionalidades que vivían a lo largo de toda Europa, a quienes tuve que rastrear.

Otra extraña casualidad fue que el primer tomo de *Archipiélago Gulag*, de Solzhenitsyn, apareció cuando me encontraba en una etapa muy temprana de mis investigaciones. En su libro él describe la suerte que corrieron los prisioneros soviéticos cuando cayeron en poder de los alemanes y el cruel destino que les esperaba cuando retornaron, y dice algo así como: "¿Qué nos irá a describir Tolstoi de esta tragedia?" Y como ya me encontraba profundamente involucrado en el trabajo sentí que era casi una señal para que yo perseverara en mis esfuerzos, porque habían colocado muchos obstáculos en mi camino.

Bueno, como ya lo dije, se considera que todo comenzó en Yalta, y ya hacia el final de la guerra, unos 34.000 ciudadanos soviéticos habían sido repatriados por mar desde Gran Bretaña. Tuvieron que ser enviados por vía marítima, pues la guerra aún continuaba. El primer envío llegó el día del aniversario de la Revolución Rusa, en octubre de 1944, a Murmansk. Los marineros británicos informaron de que en ese lugar habían escuchado ruidos de ametralladoras, y que al ser desembarcados los prisioneros eran

conducidos a unas bodegas, y daba la impresión de que les esperaba un futuro muy cruel. Lo anterior fue confirmado absolutamente por relatos indesmentibles de testigos oculares de los envíos llegados en mayo de 1945 a Odesa, en el Mar Negro, donde según informes respaldados por oficiales y personal militar y naval de Gran Bretaña, que fueron enviados a la *Foreign Office*, grandes cantidades de estos prisioneros soviéticos estaban en realidad siendo retirados directamente de los barcos e introducidos en una enorme bodega en el muelle, donde eran ametrallados. Un testigo ocular vio cómo sus cuerpos eran lanzados dentro de carretas tiradas por bueyes y luego transportados a otro lugar.

No obstante, escenas más atroces habrían de observarse tras la victoria aliada en las primeras semanas de mayo de 1945, porque entonces, cuando los norteamericanos y los británicos se reunieron con los soviéticos en el corazón de Alemania, se acordó que el máximo número de ciudadanos soviéticos fuera entregado lo antes posible. En esa época fue muy fácil llegar a semejante arreglo, en parte porque, como lo dije anteriormente, los ciudadanos soviéticos se hallaban muy confundidos por su situación en general; no tenían idea del lugar adonde iban ni de qué estaban haciendo, no podían hablar otro idioma fuera del suyo y simplemente fueron instalados en camiones y devueltos a su país. Y en algunos casos la situación fue aún más conveniente, pues una vez acordadas las zonas limítrofes entre los aliados al finalizar la guerra, los británicos y los norteamericanos simplemente se retiraron de los territorios concedidos a la URSS, habiéndose asegurado de depositar en ellos la mayor cantidad posible de ciudadanos de ese país, de manera que los soviéticos se limitaban a apoderarse de los prisioneros, sin necesidad de moverse.

En suma, hacia la etapa final de la aplicación de toda esta política, entre 500.000 y 750.000 ciudadanos habían sido entregados por los británicos y por los estadounidenses a los soviéticos. Como ya lo señalé, la gran mayoría de los prisioneros no se percataba de lo que les estaba ocurriendo, sentían temor, y se encontraban muy debilitados físicamente luego del terrible maltrato a que los habían sometido los nazis. Pero una enorme cantidad de ellos advirtieron lo que sucedía y de inmediato comenzaron a manifestar en términos inequívocos su enérgica objeción ante la perspectiva de tener que partir. Y a lo largo de toda la región que va de norte a sur desde el Círculo Polar Ártico en Noruega, hasta Italia, e incluso hasta Egipto, se observaron terribles escenas de ciudadanos soviéticos que se disparaban balazos, que intentaban suicidarse lanzándose desde trenes en marcha para evitar ser enviados de regreso. También cabe recordar que entre ellos se incluían miles y miles de mujeres y niños, pues los nazis habían raptado a un número muy grande de personas para que trabajaran como esclavos en Alemania. Y además había enormes cantidades de simples refugiados que estaban aprovechando la oportunidad de la guerra para escapar de la URSS, o que incluso no tenían otra opción que no fuera batirse en retirada a medida que la lucha avanzaba hacia el oeste.

Recuerdo que un oficial británico a quien entrevisté, el cual había entregado prisioneros en Alemania, me confesó: "La gente que nunca ha luchado en la guerra suele decirme que ésta es un infierno. Bueno, supongo que así es como deberían considerarla". Pero agregó con un tono

absolutamente franco y sincero: “Recuerdo la guerra, y me pareció muy emocionante. Únicamente me vienen a la memoria dos sucesos tan terribles como para que aún me causen pesadillas”. El primero fue que él había sido uno de los primeros oficiales británicos en entrar al campo de exterminio nazi en Belsen. Y el segundo ocurrió un año más tarde, cuando a él mismo se le ordenó repatriar a un grupo de ciudadanos soviéticos. Según relató, entre ellos había mujeres embarazadas que se arrastraban sobre la nieve hacia él y se aferraban a sus talones, rogándole que no las enviara de regreso. El oficial me confesó: “Lo hice, pero nunca, nunca lo he olvidado”.

El episodio más espantoso de todos, y en mi opinión el de más triste memoria, fue la suerte que corrieron los dos cuerpos de cosacos que se rindieron a los británicos en Austria, una semana después de la capitulación de Alemania. Ellos habían tenido que ofrecerse como voluntarios para unirse a las filas alemanas, pero no estaban luchando ni contra los británicos ni contra los estadounidenses; de hecho insistieron en que no lo estaban haciendo. Al comienzo habían sido reclutados principalmente entre ciudadanos soviéticos en Ucrania, pero más tarde, como Hitler no confiaba en ellos habían sido despachados hacia Yugoslavia para combatir contra la asonada comunista de Tito. Al final de la guerra se apresuraron a rendirse a los británicos, y su capitulación fue aceptada en un principio. Por supuesto, que de acuerdo con la política convenida parecía que en último término tendrían que ser devueltos. Sin embargo, el jefe supremo de todas las fuerzas aliadas británicas y estadounidenses en el Mediterráneo, Sir Harold Alexander, era un hombre con un alto sentido de la caballerosidad y del honor personal y un cristiano muy devoto. Y más aún, él mismo había prestado servicios como joven oficial del ejército británico, que colaboró con los blancos cuando los ingleses intervinieron en la guerra civil rusa, y ostentaba una alta condecoración imperial rusa, que probablemente aún lucía en su uniforme en aquella época. Estableció muy claramente que mientras él estuviera en el mando nadie sería devuelto a la fuerza desde el área bajo su autoridad.

Pero ocurrió otro hecho significativo, del cual no se informó a Alexander. La mayoría de los oficiales, y buena parte de los hombres, mujeres y niños que acompañaban a los cosacos —porque entre ellos se incluían cerca de 11.000 mujeres y niños— no eran de ningún modo ciudadanos soviéticos, sino emigrados del territorio ruso que habían escapado hacia otros países en tiempos de la revolución o después de ella para establecerse en Belgrado, París, Munich, etc. Poseían ciudadanía extranjera del país en que vivían o bien contaban con pasaporte de la Sociedad de las Naciones. De modo que no eran ciudadanos soviéticos y nunca lo habían sido, por lo que no estaban incluidos en el Acuerdo de Yalta, y en virtud de la política aliada no debían ser repatriados.

A pesar de todo, a fines de mayo de 1945 los oficiales, entre los que se contaban algunos generales cosacos de alto rango —uno de los cuales había recibido una de las más altas condecoraciones británicas de manos del rey Jorge V por su actuación durante la guerra civil rusa—, fueron informados de que estaban invitados a una conferencia con el mariscal de campo Alexander, ante lo cual estaban encantados porque éste gozaba de alta estima entre los cosacos. Subieron en varios camiones, fueron conducidos a un valle y allí estaba esperándolos un general británico, quien les dijo abruptamente:

“Ahora van a ser entregados a los soviéticos”. Y antes de que tuvieran tiempo para pensar o para actuar fueron trasladados en medio de una custodia fuertemente armada y entregados a los soviéticos en un pueblo situado en la frontera entre las fuerzas británicas y soviéticas llamado Utenburg. Fui allí nuevamente el mes pasado y aún es posible ver el puente sobre el río, que es un puente muy alto. Muchos de los cosacos lograron lanzarse desde el puente y murieron o quedaron gravemente heridos al caer sobre las rocas de la superficie. Pero la mayoría de ellos, por supuesto, fueron entregados, y hay una enorme acería que aún opera en ese lugar, en cuyo interior los oficiales fueron retenidos, y gran parte de ellos masacrados por los soviéticos. Pero aún permanencia en el campamento de cosacos un número mucho mayor de soldados de menor graduación y sus esposas e hijos. No era posible, obviamente, engañarlos del mismo modo que a los oficiales. Cuando éstos no regresaron, sus familias se percataron muy pronto de lo que estaba ocurriendo y fueron presas del temor y de la desesperación ante la sola idea de ser obligados a retornar a la URSS.

Ahora bien, en la opinión pública británica, en general, el conocimiento y la comprensión de lo que ocurría en la URSS en esa época era mínimo. Apenas si se sabía algo al respecto, en parte por natural ignorancia, la cual se veía acentuada en gran medida por las necesidades de la propaganda en tiempos de guerra, que por supuesto no sólo alababa a los heroicos soldados del Ejército Rojo, sino que llegaba mucho más lejos, al presentar a la URSS como una suerte de democracia socialista ideal. Y en la actualidad, la televisión británica exhibe con bastante frecuencia —y se trata de un recordatorio bastante interesante— películas de propaganda sobre la URSS filmadas en tiempos de la guerra. Y al ver estos filmes uno adquiere la impresión de que se trataba en realidad de un país más democrático, con mejores sistemas de salud, de educación, etc., que Gran Bretaña. Hasta ese extremo los ingleses se humillaron en su esfuerzo por complacer al aliado soviético. En cuanto al común de los soldados británicos, ellos sabían que posiblemente a los cosacos les esperaba un destino desagradable, pero en realidad no tenían mucha información de lo que estaba ocurriendo exactamente. Un joven oficial británico, el mayor Davis, que en ese entonces sólo tenía 25 años y estaba a cargo del campamento de cosacos, me dijo cuando lo entrevisté: “Realmente no tenía la menor idea. Cuando los cosacos vinieron y me dijeron: ‘Usted no puede enviarnos a la Unión Soviética’, pensé que en cierto modo era como si alguien me dijera a mí, que soy galés: ‘Tienes que irte a vivir a Inglaterra’. No me gustaría, pero no sería el fin del mundo”. Cuando por último los cosacos advirtieron el extremo a que llegaba su ofuscación, cierto día se dirigieron hacia él en el campamento —esto ocurrió antes de enterarse de que con seguridad serían repatriados— para expresarle su temor, y trajeron con ellos a una anciana. Le dijeron: “Tenemos la impresión de que usted no comprende por qué ella tiene tanto temor de retornar. Queremos que conozca a esta anciana y vea cómo nos tratan allá”. Ella extendió sus manos y el oficial notó que sus uñas habían sido arrancadas en una celda de la policía política soviética. El mayor Davis me confesó que sólo entonces comprendió lo que ocurría, pero no podía creer que serían entregados, no pensaba que los británicos pudieran ser tan inhumanos.

Bueno, sólo algunos días más tarde recibió una orden según la cual todos ellos debían ser entregados a la fuerza. Y este joven, que desde entonces ha sufrido pesadillas, y que a su modo me parece que debe ser considerado como una víctima de esa política casi en igual medida que las víctimas reales, tuvo que partir con un destacamento. Encontró a miles de cosacos reunidos en la plaza principal del campamento (estaban celebrando un servicio religioso).

Se abrió paso entre la multitud y observó que no lejos de ahí había una caravana de camiones para transporte de ganado, hacia donde los prisioneros eran arrastrados como animales que van al matadero. Los vehículos estaban cercados con alambre de púas.

Durante esta operación, un gran número de cosacos fueron asesinados, incluso muchos bebés fueron pisoteados. Entre esas personas había una muchacha rusa a quien yo conozco, que actualmente vive en Escocia y está casada con un canadiense. Ella sólo tenía quince años en esa época. Había sido raptada por los alemanes desde su hogar en Odesa, y durante la guerra había permanecido primero en el campo de concentración de Auschwitz y luego en el de Dachau, donde los nazis la habían sometido a terribles experimentos médicos que aún le provocan sufrimientos, y a causa de los cuales nunca pudo tener un bebé. En esa ocasión ella había pensado que se encontraban bajo la protección de los británicos. En medio del pánico de la multitud fue lanzada por una ventana de las barracas, y los vidrios astillados penetraron en sus piernas hasta los huesos. Ella resultó gravemente herida, por lo que el médico del campamento la apartó del resto de los prisioneros. Gracias a ese accidente había salvado con vida. Sin embargo, vio que a su amiga, una niña de la misma edad, la tiraban dentro de uno de los camiones; la llevaron a Siberia y nunca más la volvió a ver.

Esta operación se prolongó durante todo el día. Según me contó el mayor Davis, al anoecer, mientras se encontraba caminando en medio de este terrible espectáculo de destrucción y desesperación, había mucha gente que aún no partía de regreso. El caminaba solitario, muy angustiado, y llegó hasta un claro del bosque cercano al campamento. Allí encontró tendido a un soldado ruso, un sargento cosaco, que se había disparado un tiro en la cabeza con su revólver, pero previamente había matado a balazos a su esposa y a sus cuatro hijos, antes que permitirles regresar. Y si alguien piensa que este comportamiento fue excesivo, debería leer algunos de los relatos sobre lo que les ocurrió a mujeres y a niños en los campos de trabajo del *Gulag* soviético, y comprenderá por qué la alternativa de la muerte era preferible a la vida que les esperaba.

Esta operación continuó el día siguiente, pero al cabo de dos días la repugnancia de las tropas británicas era tan grande y las protestas eran tan violentas que, según me contaron algunos oficiales y soldados con quienes conversé, muchos militares estaban a punto de amotinarse y simplemente se negaban a obedecer las órdenes. La Cruz Roja Británica que operaba en Austria finalmente llegó a la zona, donde sus enfermeras y sus auxiliares en los campamentos se encontraban en huelga. El jefe de la Cruz Roja Británica fue a reunirse con el general británico en Italia para relatarle lo que estaba ocurriendo. Este último se encontraba absolutamente perplejo, pues no tenía

la menor idea de lo sucedido, y tomó casi toda una noche persuadirlo de que semejantes operaciones se estaban realizando en una zona bajo su mando. Y quedó muy claro que los comandantes en jefe destacados fuera del área en que estaban ocurriendo dichas operaciones ciertamente no habían recibido ninguna orden al respecto, y en verdad habían sido engañados hasta el extremo de que ignoraban absolutamente lo que estaba pasando.

A medida que me fui involucrando más profundamente en el tema descubrí gradualmente que en este punto la historia pasaba desde la tragedia y la atrocidad hacia una misteriosa conspiración, pues resultó cada vez más claro que alguien en alguna parte estaba decidido por sobre todo a entregar a los oficiales cosacos a manos soviéticas, en particular a los de más alto rango, que no eran ciudadanos soviéticos. Todo esto era absolutamente contrario a la política británica. Como el mariscal de campo Alexander se había negado a permitir el uso de la fuerza, no cabe absolutamente ninguna duda de que alguien intervino. Bueno, ese "alguien", a medida que las pruebas se tornaron cada vez más claras a través de los años, resultó ser Harold MacMillan, el entonces Ministro británico en el Mediterráneo, quien más tarde llegó a ser Secretario de Asuntos Externos y Primer Ministro. El voló a Austria el 13 de mayo y sostuvo una conversación privada con el general británico asignado a esa zona. De algún modo, lo convenció de que estas acciones eran necesarias. Me parece que el general británico no era un hombre muy inteligente, por lo que se vio apabullado ante la presencia del Ministro y fue persuadido, tal vez contra su opinión más prudente, de que había que realizar la operación.

Tan pronto como me percaté de que había una conspiración, en un principio no advertí que él estaba detrás de ella, y en realidad, como ya lo mencioné anteriormente, se interpusieron y aún se siguen interponiendo obstáculos en el camino de mis esfuerzos por llegar al fondo de esta tétrica historia. Un gran número de los documentos más cruciales han sido retirados de los archivos británicos, y sólo me las he arreglado para recuperar copias de ellos en otras partes. Recientemente recobré una importante cantidad de ellos en los archivos estadounidenses, pues descubrí tardíamente que los norteamericanos habían microfilmado muchos de esos escritos, y que los británicos ignoraban la existencia de esta colección.

En mi primer libro, *Las víctimas de Yalta*, simplemente describí todas las operaciones de repatriación, que entre paréntesis continuaron hasta mediados de 1947, cuando estaba en vigencia la Guerra Fría. Las últimas operaciones tuvieron lugar en Italia, y en realidad se trató de una suerte de ofrenda sangrienta. Pero se admitía que era necesario entregar a alguien a la URSS, de modo que unos cuantos cientos de prisioneros tenían que ser repatriados. Yo describí esta política y pienso que la reacción general en los países occidentales fue de horror y repugnancia, y sólo contadas personas se atrevieron a defender este procedimiento. Y muy poco después de la publicación de mi libro, en el centro de Londres se erigió un monumento —que ustedes pueden visitar si van allí algún día— en memoria de las víctimas. Esta fue una iniciativa de los miembros del Parlamento pertenecientes a todos los partidos políticos.

Con todo, no fui capaz de llegar al fondo del asunto de la entrega ilegal de cosacos en Austria, la terrible expulsión obligatoria y la repatriación de

generales que no eran ciudadanos soviéticos. Así, en el capítulo que le destiné me limité a explicar el problema, pero no pude dar una respuesta; tuve que llamarlo "Un misterio no resuelto". Desde entonces me dediqué a investigar y a escribir sobre otros temas, y transcurrieron largos períodos durante los cuales ninguna evidencia nueva parecía salir a la luz. Sin embargo, de manera intermitente fui procurando cada vez más resolver este misterioso asunto. Y finalmente, hace dos años, escribí un libro titulado *The Minister and the Massacres* ["El ministro y las masacres"], en que el ministro era, por supuesto, MacMillan y que incluía un enorme caudal de nuevos testimonios que yo había descubierto, los cuales demostraban que MacMillan era en efecto la persona que había organizado todas las operaciones. Lo que sin duda siguió siendo un absoluto misterio fue el móvil que lo impulsó a actuar así. Pues no sólo engañó a sus propias tropas destacadas en la zona, sino también al propio Winston Churchill; y, por cierto, a todos quienes le rodeaban. ¿Por qué tenía que haber hecho eso? Bueno, mi libro apareció nueve meses antes de la muerte de MacMillan, y él no replicó, a pesar de que miembros de su familia lo presionaron para que intentara responder a los cargos formulados en mi obra. Murió a fines de 1986 sin haber dado ninguna explicación. Pude establecer que aún cuando en contadas ocasiones había deslizado algunos comentarios muy cautelosos sobre el tema, sus declaraciones se contradecían absolutamente con lo que las pruebas documentales demostraban con claridad.

Cuando mi libro fue publicado, ciertamente me encontré en medio de una tormenta provocada por el *Establishment* británico, o por ciertas áreas del *Establishment* que habían decidido que esta historia no fuera publicada. Por ejemplo, cuando el libro estaba a punto de aparecer, las redes de radio y televisión habían hecho arreglos para que yo apareciera en cuatro programas separados para analizar el tema, que obviamente causaba gran sensación e interés. Sin embargo, todos estos programas fueron cancelados abruptamente a altas horas de un domingo en la noche. Desde entonces no se ha permitido que el libro sea discutido ni en la televisión ni en la radio británicas. Lo cual es interesante, porque recientemente un individuo fue comisionado por el Gobierno británico para que apareciera en todas las cadenas de radio y televisión del Reino Unido y leyera una declaración que pretendía refutar todo lo que he escrito. La situación no deja de ser muy curiosa, pues si los ciudadanos se rigieran únicamente por lo que han visto en televisión o han escuchado en la radio no sabrían que ese libro existe.

A pesar de mis esfuerzos desplegados al escribir el libro, había habido una discusión relativamente silenciosa del tema en Gran Bretaña, y temí que existiera un límite para mi empeño en dar a conocer la historia, o para mi afán por llegar a la esencia misma de todo el asunto: ¿qué impulsó a MacMillan a actuar de esa forma? Y me pareció que aparte tal vez de algunas cartas ocasionales o de artículos en los diarios, el tema desaparecería gradualmente. Y eso era sin duda por lo que estaban rogando aquellos que esperaban mantenerme callado. Pero luego, como resultado de una serie de circunstancias más bien extrañas, el año pasado fui objeto de una querrela por difamación entablada por el hombre que en Austria, bajo el mando de MacMillan, fue el brigadier británico que en realidad organizó todas las operaciones, que dio la orden de que se utilizara la violencia y de que los

oficiales fueran engañados y se les mintiera respecto del lugar a donde los conducirían. Yo escribí el texto de una circular en la que se afirmaba que en efecto él era un criminal de guerra, y que si hubiera estado en el bando derrotado indudablemente habría sido juzgado y condenado en los tribunales de Nuremberg. En un principio él no entabló ningún juicio, porque en realidad la circular fue enviada por una persona que estaba interesada en el tema, a quien yo no conocía, la cual me pidió que le ayudara a redactarla. Efectivamente, escribí entonces el texto y se lo entregué a esta persona, quien lo hizo circular.

Lord Arlington, que así se hace llamar actualmente el ex brigadier de Austria —y que dicho sea de paso fue nombrado lord por MacMillan; y tal vez sea mera coincidencia, pero se desempeñó como jefe del Comité Asesor de la BBC—, fue obligado por sus colegas a presentar un escrito por difamación contra el hombre que había enviado la circular. Ante esta situación, mis abogados me preguntaron: “Bueno, ¿te das cuenta de que tú mismo podrías ser incluido en la querella, porque escribiste el texto, y de que Lord Arlington no está enterado de ello?” Les respondí: “Si no existe otro medio para que yo logre atraer la atención pública hacia este problema, o para ver que se haga justicia en Gran Bretaña; y si esta es la única manera en que podemos llevarlo ante una corte de justicia, entonces pienso que debo hacerlo”.

Lord Arlington manifestaba una extremada renuencia a incluirme en el juicio. Y cuando recibió una carta de mis abogados, en la cual se señalaba que yo había escrito el texto y que si lo deseaba podía incluirme en la querella, sus defensores replicaron que no veían absolutamente ningún motivo para hacerlo. Finalmente, mis abogados se vieron obligados a obtener un escrito en un tribunal superior, el cual obligaba a Lord Arlington a querellarse en mi contra. Como puede verse, no estaba muy deseoso de hacerlo.

Bueno, mi esposa suele reprocharme por mi costumbre de lanzarme en la parte más profunda de la piscina sin verificar si hay agua en ella. Y eso es tal vez lo que hice en esta ocasión, porque pienso que Gran Bretaña no es el único país donde la legislación relativa a las querellas por calumnias parece haber sido diseñada para proteger a la gente rica y poderosa contra aquellos que pudieran pretender criticarlas. Y el costo de un juicio por difamación es absolutamente increíble. Lord Arlington es un hombre muy rico, que alcanzó una posición destacada gracias a MacMillan, y ha sido gerente de muchas empresas públicas muy importantes en Gran Bretaña. Sin embargo, yo decidí que nadie más podía emprender este juicio, que a mí me correspondía encararlo, o de lo contrario no se haría justicia. De modo que acepté, y luego de pensarlo un tiempo se me ocurrió que el próximo paso era lanzar una campaña con el fin de reunir el dinero necesario para enfrentar el juicio.

Bueno, al principio sentí cierta aprensión, y me preguntaba si había actuado con sensatez. Pero me infundió mucho ánimo el hecho de descubrir que aun cuando existen, como ya lo he señalado, ciertas personas muy poderosas en Gran Bretaña para quienes sería mucho más preferible que yo permaneciera callado, también hay muchas otras, incluidas figuras muy distinguidas de la vida pública, que consideran que este suceso es una desgracia y una estigma en la reputación británica, y que después de todo

constituye desde cualquier punto de vista un grave crimen de guerra, el único de esta magnitud en el que se ha podido establecer que fue perpetrado por aliados occidentales. Y muchas personalidades distinguidas, no sólo de la vida pública inglesa, sino también ex oficiales cosacos y ex oficiales británicos, accedieron a transformarse en patrocinadores de la campaña con miras al juicio que tendrá lugar en junio próximo en el tribunal superior de Londres. Aún nos queda mucho camino por recorrer, pero hasta ahora la campaña ha sido muy exitosa, ya que hemos recaudado cerca de £ 100.000 (US\$ 176.500, aproximadamente).

Al afrontar este juicio en realidad procuro alcanzar un objetivo doble. Primero, como ya lo he aclarado, obtener justicia para el recuerdo de todas esas decenas de miles de personas cuyo sufrimiento muchos quisieran ocultar. Y en segundo término, intentar descubrir la verdad tras el misterio, pues para mí es muy obvio que ocurrió algo mucho más siniestro que un simple error cruel, y que Lord Arlington, quien es ciertamente un personaje muy evasivo, sin duda sabe mucho más de lo que hasta ahora ha revelado. Creo que al ser sometido a un interrogatorio riguroso en la Corte sería imposible para él evitar decir al menos parte de la verdad.

Bueno, me he referido detalladamente a dos libros específicos de los cuales soy autor, y que aún parecen vivir junto a mí, aunque quisiera escapar de ellos. Y algunas personas en Gran Bretaña que desapruaban lo que yo hago, opinan que estoy obsesionado por el tema. Bueno, tal vez tengan razón, pero lo cierto es que mi verdadera obsesión es absolutamente distinta.

Quizás se trate de un hecho simbólico, pero el otro día, en la biblioteca de mi hogar, donde yo trabajo, que es una sala casi del mismo tamaño de este auditorio, rodeada de libros, me asombró descubrir que yo había trasladado mi silla y mi escritorio de tal manera que le daba la espalda a todos los libros relativos al siglo XX, y justo enfrente de mí quedaron situados todos los textos que tienen que ver con la Edad Media, época en que permanezco la mayor parte del tiempo en la actualidad.